



## FABIÉ ACADÉMICO

Los boticarios ¿pueden ser filósofos? Indudablemente. Lo era Mr. Homais, el famoso farmacéutico de *Madame Bobary*; lo es á su manera el doctor Garrido y lo es Fabié, ese hegeliano de la extrema derecha de Martínez Campos.

Pero ¿conviene hacer de un Mr. Homais ó de un doctor Garrido, ó de un Fabié, un académico?

Conviene para que la trampa se lleve la Academia cuanto antes.

La Academia ya no sirve ni para hacernos reir.

Su descrédito es tal, que ya no escandalizan á nadie las escandalosas elecciones que estamos viendo cada vez que se muere un inmortal. Las injusticias académicas son ya á los fueros del buen gusto y de la literatura nacional, lo que es á la

honestidad la última cópula de la *scortum* callejera. ¿Qué importa una liviandad más después de tantas liviandades?

Donde están Catalina, Barrantes, Commelerán y el marqués de Pidal y otros por el estilo, ¿quién estará de más?

No cabía menos y todavía no cabe.

No cometeré, pues, la injusticia de decir que Fabié no es digno de entrar en la compañía de *solecismos mutuos* de la calle de Valverde. Lo es. No será el último, ni el peor.

\*  
\* \*

¿Que qué ha escrito Fabié? Ha escrito de su puño y letra la traducción de la traducción de Vera de la *Lógica* de Hegel.

Fabié viene á ser á Hegel lo que Alejandro Pidal á Santo Tomás; sin más diferencia que ser Pidal muy listo y Fabié muy arrimado á Martínez Campos.

El secreto de Pidal es que... él no ha leído á Santo Tomás; pero lo ha leído Fr. Zeferino, á quien, por la gracia, se le ha hecho cardenal (y bien hecho está).

Pues bien; como Fabié no tenía más Fr. Zefe-

rino que Martínez Campos para que le leyera á Hegel... ha tenido que leerlo él mismo, aunque traducido por Vera.

Pero es el caso que Pidal sin leerlo, entendió á Santo Tomás (díganlo sus *mesticismos* y sus consejos á los ferrocarriles y al Sr. Bäuer, sacados todos de la *Summa* á pulso), y el Sr. Fabié leyéndolo no entendió á Hegel.

Y eso que Martínez Campos, cuando le contaron la anécdota que recuerda Heine relativa á las últimas palabras de Hegel, exclamó:

—Pues si ese señor Hegel dijo al morir eso, que sólo le había comprendido un hombre, y ese mal, lo dijo por Fabié.

Porque Martínez admira á Fabié desde que este le dijo en cierta ocasión:

—Mi general, si los periodistas le censuran á usted porque discurre con alguna dificultad y no muy á derechas, no le pese á usted. No hay cosa más nociva que la reflexión unilateral y meramente discursiva.

Y para convencerle le leyó toda la *Introducción* que el mismísimo Fabié, que es el diablo, le puso á la traducción de la traducción de la *Lógica*.

Es claro que Martínez Campos se quedó dormido mientras Fabié disparataba; pero después que despertó es fama que dijo:

—¡Qué hombre... qué sabio... tan... tan unilate-

ral y tal! Á este hombre le hago yo ministro.

Y no sólo le hizo ministro sino académico.

Porque ésta es otra corazonada.

Cánovas *motu proprio* no hace académico á Fabié.

Fabié, que no sabe alemán, tampoco sabe español; de modo que es un apostol del hegelianismo que está muy lejos de tener el don de lenguas.

La *Introducción* que Fabié osó poner delante de la *Introducción* de Hegel es la pieza filosófica más disparatada y divertida que se ha visto. Empieza con unos periodos que no tienen fin, ni pies ni cabeza; pierde el hilo de la oración, y cuando cree estar hablando de unos *problemas*, resulta que habla de unos *esfuerzos*; dice, entre otros disparates, que la existencia es el *vestigio de la actividad*; y como niño con zapatos nuevos, con su indigestión de Hegel traducido, se cree superior á todos los pensadores del mundo y habla una y otra vez con un desprecio sublimemente cómico del *pensamiento unilateral*, que á él debe figurársele así como una *hemicránea*. En la dichosa *Introducción* emprende cinco ó seis veces la historia de la filosofía, y no hace más que decir las vulgaridades de los manuales y *pietiner sur place*.

Lo indescriptible, lo que hay que ver, es el tecnicismo del idealismo hegeliano convertido en *castellano* por Fabié. Parece la filosofía en poder de

un jefe de negociado, que tiene que *dictaminar*, como dicen ellos, acerca de lo absoluto y de la idea en sí...

En fin, no hay cosa más ridícula en el mundo que el hegelianismo de Fabié, sobre todo desde el punto de vista de la gramática castellana.

Los que enseñan filosofía en las aulas habrán notado los gravísimos disparates que dicen los estudiantes desaplicados y atrevidos que se meten á contestar *a razione*, como dicen ellos, atropellando las reglas de la lógica y aplicando las voces técnicas á tontas y á locas; pues así escribe Fabié de filosofía idealista.

«La India es el *momento inmediato* del espíritu; Grecia es la *reflexión externa*.» Y él se queda tan fresco diciendo: Estos que creéis disparates no lo son más que para vuestras mulleras unilaterales.

¡Infeliz! No comprende que se puede estar de vuelta de todo el convencionalismo hegeliano y, sin embargo, ni aun para aplicarle, emplear de buenas á primeras esas frases absurdas del *momento inmediato*, la *reflexión externa*, etc., etc. Lo que hay es que Fabié no sabe expresar en español lo que no ha entendido en francés ó en italiano y fue pensado en alemán.

¡Y á un hombre así, que ni siquiera puede ser buen católico, si quiere ser hegeliano, me lo hace Cánovas académico!

No, no puede ser. Esta vez no ha sido Cánovas el culpable.

Ha sido Martínez Campos, que también se prepara á entrar en la Academia y para hacer méritos está escribiendo una *Fenomenología del espíritu... de cuerpo* del arma de caballería...»

Fabié en la Academia por filósofo!

Y todavía hablarán de los *manes* de Vives y Lulio y Foxo Morcillo y doña Oliva....

La filosofía en España consiste en llegar á ministro, ya sea calumniando á Hegel ó parodiando á Santo Tomás.

Para concluir:

Más quisicosas del académico electo y farmacéutico:


«La seguridad *admirable* con que Hegel... es tanto más *admirable*.»—¡Admirable!

«Se crea *la Prusia*.»—«*Emanuel Kant*.»

«El derecho *justiniano*» (por justiniano).

«Los vestigios más *remotos* y *antiguos*.»—Así, y mucho peor, escribe el nuevo candil de la Academia. Yo no tendría inconveniente en explicar un curso de disparates filosóficos y gramaticales sacados de la Introducción de Fabié.

Que me lo paguen, y lo doy.



## UN DISCURSO DE CÁNOVAS

El Sr. Cánovas ni se dobla ni se rompe; ni se rinde ni se arrepiente. Está empeñado en ser un *curso moral y político*, y lo consigue. Todos los años por este tiempo lee su discursito en el Ateneo y allá va una ciencia más al diablo; todo lo toca, todo lo mancha, y como dijo un autor, el señor Cánovas hace de todo saber de *clerecía*, con toda *rama* de la ciencia humana... lo que los perros con las esquinas.

El año pasado nos dió Cánovas un trabajito muy recortado y muy vulgar, digno de un mediano estudiante que lee su tesis ante el tribunal del doctorado. Se trataba entonces de materia meramente política, casi se reducía el trabajo de Cánovas á extractar un libro nuevo, que todos los aficionados á estas materias habían leído, y ¡anda

con Dios! el discurso podía pasar... al archivo de las cosas insignificantes. Lo que distinguía el opúsculo de D. Antonio era... lo único que da unidad á todos sus escritos; el estilo perro y el régimen endiablado.

Este año la *obra* de D. Antonio ni siquiera es digna de un estudiante mediano. Hoy, cualquier joven que escribiera el *discurso* del doctorado tratando la llamada *Cuestión social*, ó siquiera, y más correctamente, la *Cuestión obrera*, pondría mayor diligencia en procurarse fuentes nuevas é interesantes, que el Sr. Cánovas ha dejado en perfecto olvido. Tratar en el año 1890 la cuestión obrera con citas de autores franceses exclusivamente, refiriéndose á los alemanes por tabla, ó sea por el manoseadísimo Cusumano y... por el Sr. Escartín, francamente, es demostrar demasiada pobreza de estudios preparatorios. ¡Y estas citas de Blanqui, de Baudrillard, de Mauricio Blok y otros así son del presidente del Consejo de Ministros, de D. Antonio Cánovas del Castillo, que se hace llamar sabio en la *Deutsche Rundschau* y en la *Revue des Deux Mondes*, etc., etc.!

El Sr. Cánovas, que llama *escritores económicos* á los que tratan de economía (más valiera llamarlos *ecónomos*, como un ricacho de mi pueblo), nos recomienda, como si fuéramos chicos de la escuela, las obras de Cusumano y de Escartín para

que nos enteremos y seamos sabios como dioses, ó por lo menos como Cánovas. Tantas gracias, D. Antonio, tantas gracias, pero tememos que se nos indigeste tamaña sabiduría. ¡Cusumano, Escartín, ahí es nada! No, no probaremos la fruta del árbol del bien y del mal. Pero, recomendación por recomendación, ¿por qué no se da una vueltecita D. Antonio por la gramática y por la retórica? ¡Hay cada manual, como el del *económico* Cusumano, que se lee en un periquete!

\*  
\* \*

Es claro que yo no voy á tratar aquí de la cuestión obrera con motivo del discurso de Don Antonio. *Clarín* no hablará jamás de *ciencias morales y políticas*, y en punto á las relaciones del trabajo y el capital, me limito á creer que son pura conversación esas comisiones para resolver la *Cuestión social*, que unas veces preside Moret y otras veces preside Cánovas.

Después de todo, el discurso de D. Antonio no tiene sustancia, acaba por no decir nada; y si algo dice, es que los obreros deben andarse con ojo, porque si se extralimitan y no se contentan con ser obreritos para casa de los conservadores, mo-

rigerados, dignos de que los *cante* Doña María Sinués de Marco ó D. Teodoro Guerrero; si se atreven á pedir gollerías... le huele á Cánovas que va á haber palos. Esa es la síntesis. Nada entre dos solecismos.

Lo que á mí me importa en el discurso de Cánovas no es el fondo ó el *bajo fondo* como diría un traductor, sino la forma.

El discurso comienza así: «Va á hacer estos días veinte años (*un día de estos*, quiso decir, hará veinte años) pero le pareció el giro demasiado familiar y prefirió reemplazarlo por un disparate; porque el vigésimo aniversario de la fecha que usted conmemora es un día determinado, (no *estos días*) que tomé aquí asiento por vez primera (señalando, supongo yo, al sillón presidencial, porque si no puede entenderse el *aquí* por el Ateneo ó su cátedra; decir aquí para indicar el lugar en que descansan las posaderas, que diría Sancho, ni es muy propio ni muy decente) y con el *propio* fin de iniciar vuestras tareas anuales (*nuestras* hubiera sido más *propio*, porque nadie inicia las tareas de los demás). *Ocupáballo* con hartos más desembarazo que hoy...» Vamos despacio: ocupáballo ¿el qué? el sustantivo masculino más cercano es el propio fin. ¿Ocupaba el fin? No; el asiento. Cánovas no sabe que hay anfibología *aquí* (en el asiento), porque ni el asiento es lo inmediato, <sup>111</sup>

el sujeto de la oración anterior. ¿Pero qué sabe él de estas cosas!

«Ocupáballo (el asiento) con más desembarazo que hoy.» Observe el Sr. Cánovas lo poco poético y aun lo poco elevado del tropo que emplea. Es claro que el asiento *aquí* representa otra cosa, es un signo en vez de la cosa significada; pero ¿no pudo escoger cosa mejor que el desembarazo ó embarazo con que se sienta? ¿No vé que los maliciosos podían llegar hasta creer que *hace veinte años estos días* no tenía usted almorranas y ahora sí? Ello va á ser que ahora está usted menos cómodo porque es presidente del Consejo de Ministros... ¿Pero qué tiene que ver el asiento con eso? Los tropos sirven para llevar la imaginación de lo abstracto á lo gráfico, á lo plástico... ¿Quiere el Sr. Cánovas que nos representemos las *espinas* del poder colocadas sobre el asiento y debajo del Sr. Cánovas...?

«Sin que de mi doctrina *esperase ó temiese* nadie aplicaciones prácticas.»

Sobra la disyuntiva *ó*, porque no es incompatible esperar y temer; el que teme un palo también lo espera.

«Más que reprehensible aún, sería innecesario (quiere decir inútil) que *detentase* hoy esta cátedra con fines personales de ningún género.» Cánovas no sabe lo que significa *detentar*; es un término

*forense*, según el Diccionario, que sólo significa retener lo que no nos pertenece, y hablar en una cátedra de lo que no es en ella oportuno será profanarla; mancharla, lo que Cánovas quiera menos detentarla.

En un párrafo muy largo empieza D. Antonio todos los colones, y son muchos, con esta frasecilla del mejor gusto: «porque esto de que... porque esto de que...» y en seguida: «Pero á todo esto...» Así, así, venga poesía. ¡Y á *esto* lo llaman gran orador!

«Los hombres de ahora cumplirán, *en toda su extensión*, con el respectivo deber...» Que venga Dios y vea si esto no significa que los hombres van á cumplir su deber... de los pies á la cabeza: en toda su extensión.

Habla D. Antonio de *obligaciones* que corresponden á la teosofía, á la filosofía espiritualista y á la ciencia del Estado. Primeramente, las ciencias no tienen obligaciones, ni siquiera de esas *obligaciones éticas* de que usted habla más adelante (como si todas las obligaciones no fueran *éticas* además de lo que puedan ser por razón de su materia). Después no hay ninguna ciencia que se llame filosofía... *espiritualista*. Y por último, la *teosofía* no es lo que usted quería decir ahí; la teosofía es un modo especial de *teología* ó *teodicea*, que es lo que usted quiso decir. Y si no, con-

sulte el Diccionario de ustedes, que sólo admite teosofía por teología como arcaísmo. «La caridad cristiana y su remedo el *altruismo*...» El altruismo no es remedo de nada: es el nombre especial que Comte dió á la característica moral opuesta al egoísmo. De la filantropía (puesta en ridículo en el siglo pasado por el *Filantropinun* de Basedow y otros) se dijo eso de ser remedo de la caridad; pero el altruismo ¿qué tiene que ver?

¿Qué pedante y qué ignorante, todo junto, es D. Antonio! Una y otra vez, al hablar del dominio según la tradición del *dominiun* romano, el de los quirites, lo llama *la propiedad justiniana* (justiniana, que diría Barrantes). Ese epíteto le parecerá á él muy de sabio, le llenará la boca... pero es impropio, pues ese carácter de absoluta que tiene la propiedad romana, no le viene de Justiniano, sino del tiempo del derecho estricto; cuanto más atrás vaya, más *quiritaria* encontrará la propiedad, hasta llegar á la exclusiva propiedad civil de las cosas *mancipæ*... ¡Un pedante hace ciento! ¡De qué cosas le obliga á uno á hablar D. Antonio por su afán de meterse en ángulos y arquitrabes!

Y basta... Cualquiera persona de mediana cultura llega á sentir hasta náuseas ante el tristísimo espectáculo que dan tantos majaderos españoles empeñándose en que veamos un sabio de ley en

el hombre que ha demostrado en *todos y cada uno* de sus discursos que su sabiduría se reduce á la vana «*vielwisserei*» (*non multum, sed multa*) que tantos estragos causa entre los bachilleres; en el hombre que no abre la boca sin que diga un desatino, y que si habla en latin dice cuatro desatinos en cada palabra.

FIN

EN PRENSA

PALIQUE

(2.<sup>a</sup> SERIE).

## ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
PRÓLOGO.....	VII
PRIMERA SECCIÓN	
REVISTAS LITERARIAS	
El teatro.—Tentativas.—Galdós.—Echegaray, etc....	1
Lope de Vega.—Juan Ruiz, etc.....	17
Castelar.....	31
Renan.....	43
Justicia de Enero.....	51
El teatro de Zorrilla.....	61
El teatro... de lejos.—Las tentativas de Pérez Galdós..	73
Posada y U. G. Serrano.— <i>La Dolores</i> .....	81
Premio Cortina.....	93
Silvela.—El P. Mir.....	101
Heredia.— <i>Los Trofeos</i> .....	109
SEGUNDA SECCIÓN	
SÁTURA	
Introducción.....	125
Bizantinismo.....	139
Á Gorgibus.....	151
El retrato de Renan.....	159